

—Os tengo miedo, os volveis á apoderar de mis sentidos como antes, vuestro contacto me contagia, tened compasión de mí; nada temáis, mi alma es un sepulcro, y vuestro secreto quedará en esa tumba donde duermen mis ilusiones.

—Nada os exijo.

—En cambio, os exijo una promesa.

—Hablad, caballero.

—Juradme que la señorita Mons no está amenazada con vuestra presencia.

La condesa reflexionó un momento, y dijo solemnemente:

—¡Lo juro!

—Juradme que la ampararéis, si por alguna fatalidad la desgracia la persigue.

—¡Lo juro!

IV.

El estudiante cayó otra vez en el sopor vago de la fiebre, y la aparición de la condesa comenzó á desvanecerse en el mundo irrealizable hasta confundirse en el tropel de visiones que embargaban su fantasía.

La condesa llegó á su aposento y se puso á pasear como una demente.

—¡Dios mío! exclamaba, ¿cómo salir de este huracán que envuelve mi existencia?..... Cuanto más se acerca el momento en que debo ver realizar mis esperanzas, más turbación se filtra en mi espíritu y más se abate mi corazón..... á veces maldigo la ambición que me arrastra fuera de mi hogar y á un terreno desconocido..... quisiera volver á Europa..... pero no sería horrible haber venido en pos de un título para estar en el sólio de mi rango, y tornar proscripta y desairada..... ¿Cómo me presentaría ante Don Juan de Borbón?..... Sólo el conde de Morella me indemnizaría con su cariño paternal de las angustias que he sufrido..... ¿Y qué me importa su ternura llevando un nombre supuesto, porque los Borbones no reconocen á la hija del príncipe Don Carlos?..... Es necesario luchar, luchar hasta el fin con el destino..... los últimos golpes á ese genio de la adversidad han sido terribles..... aun escucho el ruido de los cañones..... no vuelvo aún de esa pesadilla..... pero esos ecos de muerte se han alejado como los truenos de la tempestad..... comienza una nueva era en la política y las alas de mis aspiraciones se abren á una atmósfera más tranquila..... Esperemos!..

V.

La luz del crepúsculo comenzaba á penetrar por los cristales de las ventanas, y Doña Blanca permanecía aún entregada á sus pensamientos.

La ciudad levantaba ese rumor vago que hace al despertar.

Los tanbores tacaban dianas y los bronces sagrados saludaban la primera luz del amanecer.

La joven se sintió fatigada por vigilia tan prolongada y tirando las cortinas, se entró en el lecho y durmió perfectamente.

CAPITULO VII

DE LA ORUGA QUE MINA EL CIMIENTO DEL PEDESTAL.

I.

El general Zaragoza había llegado á la capital para ponerse de acuerdo sobre el plan de campaña.

El pueblo acudió en masa á felicitar al héroe del 5 de Mayo, y rendir sus homenajes al genio de la victoria.

El pueblo ignoraba que sus sagradas ovaciones serían las últimas que tributaría al vencedor de los franceses durante los cortos días de su existencia.

Zaragoza recibió las felicitaciones patrióticas de la capital y á las veinticuatro horas regresó á su campamento.

Nada más alegre que la población de San Agustín del Palmar durante la estancia de las fuerzas republicanas.

Los hermosos portales estaban llenos de gente y la plaza enteramente cubierta de vendimias.

Las mujeres de los soldados llenaban los cuarteles y la mayor animación reinaba en el campamento.

El Capitán Martínez, que estaba convaleciente de su herida, hacía centro de conversación en una fondita del Palmar.

—Señores, decía á un grupo de amigos, entre los que se hallaba Santiago González; yo soy carne de perro, ya estoy como si nada me hubiera pasado; ¡demonio! no ha dejado mala señal en el carrillo; la cuestión se reduce á dejarse crecer la barba, cuando la tenga, y me nazca de corazón.

—Capitán usted tiene al diablo dentro.

—No lo crean ustedes, yo soy capaz de meterme dentro de él; ese día de Barranca Seca por un tris, clavo la salea; figúrense ustedes, que nos encontramos con las caballerías, y hubo una de Dios es Cristo; cuando más empeñados estábamos en el pleito, cate usted que le echo ojo á un alazán árabe, grande como un camello; me lanzo sobre el cazador que cayó instantáneamente al golpe de mi machete, porque hay gentes muy delicadas, y me preparaba á apoderarme del trotón cuando ¡cataplúm! sentí un golpe en la cara como si se me hubiera derumbado la torre de San Francisco; ví estrellitas, y soles, y cometas, y caí ni más ni menos que el cazador de Africa; después nada supe, hasta que mi amigo me echó un asperges de agua fría, supe que no me habían muerto.

—Trabajo les ha de costar enterrar á usted, mi capitán.

—Como que ya en el regimiento me han puesto por sobrenombre el *gato*. aludiendo á las siete vidas que tengo.

—Si hubiera estado en el Borrego, hubiera presenciado una zambra infernal.

—Lo siento en el alma; pero mientras esté vivo me he de *rifar* en todas, porque cosa mala nunca muere.

—¿Y qué dice el general?

—Viene muy contento de México, le han hecho más fiestas que á la Virgen de Guadalupe, y *tata* Benito le ha dicho que haga cuanto le diera la gana.

—No faltaba más que le pusiera restricciones.

—El general por modestia ha ido á México, pero él sabe bien que lo que diga es la ley y si no, aquí estamos nosotros para sostenerlo: ¡patrona! echo unos vasos de cerveza, y no se me ponga tan cerca, porque la enamoro aunque sea delante de su marido!

La patrona hizo una mueca graciosísima y llevó botellas á la mesa del capitán.

—¡Por la bota de mi general Arteagal que esta cerveza esta más fermentada que la sangre de Pablo Martínez: patrona, á la salud de esos ojos, y sobre todo, de esas manitas que gisan tambien el *mole de pecho*.

Donde estaba el capitán había siempre gresca, y pleito, y cuchilladas.

—¡Muchacho! pónle tabaco á esta pipa.

¿Ya se ha vuelto usted francés, mi capitán? dijo la patrona, que era una muchacha muy guapa.

Mira *Tulitas*, si no tuvieras ese no sé qué, te respondería con mi pistola; pero á tí te contesto con un abrazo.

Diciendo y haciendo, se levantó y le dió un estrecho abrazo á la fondera.

Todos los concurrentes á la fonda aplaudieron.

—¡Siga la bolal gritó Santiago González; más cerveza, que el capitán paga.

—Oigan sonar las habas, que mañana es *vigilia*, exclamaba Martínez sonando el dinero que llevaba en las bolsas de *la calzonera*, y si falta, traigo á la cintura la serpiente de nuestra madre Eva llena de oro, y no son capaces de tomarse todo lo que yo pague.

—¡Viva el capitán Martínez! gritó la patrona.

¡Viva! repitieron los oficiales.

—¡Señores! gritó el capitán, propongo un brándis por el doctor Cuevas que me ha sanado de la herida, y que se halla de *Camilo*, junto al comandante Mondoñedo.

—Pido la palabra, señores, dijo en voz alta Santiago González.

—¡Arriba!.....¡arriba!

El estudiante se paró sobre la mesa, y comenzó su perorata.

—Conciudadanos del ejército de Oriente, caballeros concurrentes y galopines de la fonda, salud!

—¿De mí no se acuerda usted, señor Doctor? preguntó la patrona.

—No he concluido todavía, respondió González, y continuó su brindis.

—Señores, y muy ilustre patrona del establecimiento, que tenéis el honor de servir los manjares á tan distinguidas espadas.

—Hombre, las espadas no almuerzan, gritó Pablo Martínez.

—Tiene razón el capitán, dijo la muchacha.

—Habló en sentido figurado.

—Que explique eso *Tanta-Lancha*, gritó Martínez aludiendo á un teniente que estaba al extremo de la mesa, y era conocido por ese nombre en el ejército.

Tanta-Lancha es un mozo de media edad, á quien le falta el oído, aunque no del todo, circunstancia que le hace aparecer sereno en las horas de peligro.

El teniente ha estado en las filas de la revolución desde el plan de Ayutla, y lo conocen en toda la República; amigo fiel y hombre honrado, es una ganga encontrárselo en un pueblo ó en un camino, ya se cuenta con que no falta que comer ni un trago con que remojar el gaznate.

Tanta-Lancha tiene dificultad para hablar, pero la mímica le es familiar y tiene una práctica admirable.

El teniente era enamorado de primera fuerza y había situado sus baterías al extremo de la mesa, desde donde atisbaba como un coyote á la fondera, haciéndole muecas y contorsiones que la chica no echaba en saco roto.

Cuando *Tanta-Lancha* vió que á él se dirigían las miradas, preguntó por señas de lo que se trataba.

—De una dificultad, contestó Martínez; se trata de saber si las espadas comen.

El teniente contestó por la afirmativa, asegurando que la suya había tomado beefsteak de cazador de Africa y roast-bee de zuavo.

Un aplauso general resonó en toda la fonda.

—¡Siga el brindis, siga el brindis!

—Puesto que he ganado la cuestión, dijo González, voy á proseguir: Perdone la concurrencia que tome la.....

—¡Tomemos todos! gritó el capitán Martínez interrumpiendo á González.

—Tomemos, dijeron á una voz todos los circunstantes.

—Se trata de tomar la palabra, señores y caballeros.

—Eso es otra cosa; en este caso, usted toma la palabra y nosotros la cerveza, y adelante con la cruz que el diablo se lleva al muerto.

El estudiante no era hombre que se desanimaba por tanta interrupción; ya una vez en la tribuna popular, lo tenían de tolerar *velis nolis*.

—Decía, señores, que el capitán Martínez, jefe de este motín, se ha dignado hacer un recuerdo, tributar una memoria al sin par Felipe Cuevas, y que yo me encuentro en situación de co-testar á su nombre.

—¡Adelante!.....¡adelante!

—Debo comenzar.....

—¡Con mil diablos! volvió á interrumpir Martínez, si hace una hora que ha comenzado.

—Que no empiece por el principio, dijo *Tanta-Lancha*.

—Es buena idea, se aprueba.

—¡Se aprueba! ¡se aprueba!

—Continuaré por el fin, dijo González perfectamente tranquilo: la voz de los buenos soldados del ejército de Oriente, combinada con el equinoccio de los fundamentos anti-diluvianos de la mitología tarcalina, es por lo tanto.....

—¡Bravo! ¡bravo! ¡eso sí que es tener talento! gritó el capitán; ¡viva la ambulancia!

—¡Viva! ¡viva!

En aquellos momentos se dejaron oír los clarines tocando marcha.

—El general Zaragoza ha llegado, ¡viva el general Zaragoza!

—¡Viva! ¡viva!

La multitud salió á la plaza, y á pocos instantes, seguido de sus ayudantes, atravesaba el general rumbo á su alojamiento.

Santiago González no quedó con auditorio que escuchase el final de su brindis.

—¡Esto es horrible! exclamó el estudiante; señora patrona, venga usted, en nombre de la buena educación, á escuchar mi discurso.

—Señor González, bájese usted de la mesa y no me estropee los manteles, que son muy delicados.

—No hay en toda la fonda un ser racional, murmuró el estudiante, y bajando de la gastronómica tribuna, fuese en pos de la multitud que acudía á la casa donde la bandera tricolor anunciaba que quedaba establecido el cuartel general.

II.

El héroe del 5 de Mayo era el ídolo, no sólo de su ejército, sino de todas las poblaciones.

Su presencia en San Agustín del Palmar no era una novedad; pero el pueblo se complacía siempre en saludarle, y acudía á manifestar sus simpatías al grande hombre.

Zaragoza saludaba al pueblo siempre con emoción.

Su fisonomía constantemente serena, infundía respeto y veneración.

Zaragoza no repetía jamás una misma orden, porque estaba satisfecho de ser obedecido.

Trataba con seriedad pero con exquisita distinción á sus subordinados y consideraba á la tropa. acariciaba á los niños que iban con sus madres en pos de los batallones, decía que aquellas tiernas criaturas eran sus hijos; muchas veces los tomaba en sus brazos, y esto hacía llorar á los soldados.

Zaragoza era el hombre de la firmeza, enérgico y circunspecto, estaba dotado de esa calma justiciera que resplandece en el alma de un buen general.

Su gran talento militar es reconocido por sus mismos adversarios.

La Francia le ha hecho entera justicia.

Zaragoza está juzgado por la historia.



III.

En una de las casas de San Agustín se había preparado el alojamiento que inundó la turba de ayudantes, esos globos correos de las batallas, que se les ve atravesar en todas direcciones, mezclarse entre las filas, desaparecer entre el humo del combate, y tornar á salir como átomos que se adhieren y se repulsan, y giran como esas partículas siempre en movimiento, que forman los rayos solares.

El Estado Mayor no abandonaba á Zaragoza; cuando el general llegaba al alojamiento, ya todos los oficiales habían tomado cuartel por asalto y recorrido todo el campo, desde la cocina hasta las caballerizas.

El secretario y los empleados eran las víctimas, porque el general tenía un despacho activo.

Zaragoza estaba en los menores detalles, no olvidaba la más pequeña circunstancia, conocía á toda su oficialidad y sabía perfectamente á quién encomendaba una empresa.

Era poco comunicativo, y jamás se ostentaba sino en los momentos supremos, como en la batalla de Silao, cuando arrebató la bandera y decidió el combate.

Su presencia en el ejército era una esperanza radiante, que infundía valor y decisión al soldado.

Zaragoza, como una predestinación de su existencia, le tenía miedo á la muerte fuera del combate.

Jamás tuvo el pensamiento de caer en la arena y peleaba seguro del éxito; pero cuando se sentía enfermo, se desmoralizaba terriblemente, le asustaba el lecho y el aparato de una dolencia.

Hay algo en el corazón que nos aleja instintivamente de aquella influencia que más tarde debe alcanzarnos.

IV.

Los ayudantes del general habían contratado á un cocinero italiano llamado Jovani, que guisaba admirablemente, sobre todo, unos macarrones excelentes.

El italiano tenía un cuidado especial en obsequiar al General Zaragoza, á quien siempre destinaba platillos exquisitos.

Jovani era el hombre de importancia y á quien se le prodigaban las mayores consideraciones.

Jovani iba siempre de vanguardia en un soberbio carro de muelles, provisto de una batería de cocina, y en su pos seguían dos carros con víveres y conservas alimenticias y vinos de lo más exquisito.

Luego que Jovani tomaba posesión de la cocina, se podía contar con que á la hora se tomaría la sopa, aquel hombre era un hallazgo feliz.

El capitán Martínez lo había presentado á sus compañeros.

Jovani decía que el buque del General Gasset lo contrató, y no queriendo volver á España, consumó deserción con el objeto de establecer una fonda en México.

Santiago González se mostraba receloso, porque la fisonomía del italiano no le era desconocida; no obstante, acabó por confesar que se había engañado, cuya duda la disipó Jovani regalándole una bayonesa digna del Czar de Rusia.

El famoso cocinero se puso en tren y comenzó por degollar dos docenas de pichones y torceles el pescuezo á seis faisanes de Indias, álias guajolotes.

Aprensó un gran trozo de vaca, puso á la parrilla un gran número de costillas, ensartó en un palo sumamente fino todas las menudencias y las colocó á la llama del brasero, mientras el galopín doraba á la lumbre unas papas rellenas con queso Gruyere, cuyo olor se difundía en todo el departamento. Hay quien diga que ese olor es un abuso de la civilización, pero esto no se aviene con la opinión de los que han levantado un monumento al inmortal Gruyere.

Jovani hizo una tortilla de huevos con sardinas muy succulenta, abrió latas de salmón y sardinas, y para dar un gusto nacional á tan opíparo banquete, guisó unos frijoles á la veracruzana capaces de poner en alarma á la ciudad heroica.

Sacó un filtro y coló el café, cuyo aroma hubiera hecho arremangar las narices al mismo Pelisieró Mac-Mahon.

Cuando todo estuvo listo, sirvió el ajeno en unas copas brillantadas.

—Trae un cántaro de agua, dijo al galopín, procura que sea de la más limpia.

El galopín salió violentamente de la cocina.

Entonces Jovani sacó con mucha precaución de su seno una botellita, movió el líquido que contenía y lo vertió en la copa destinada á Zaragoza.

La fisonomía del italiano tomó un aspecto siniestro, sus mandíbulas crugieron de espanto, un temblor concentrado corrió por todo su cuerpo, sus ojos se inyectaron y su lengua apenas pudo balbutir: "llegó momento."

El galopín volvió con el cántaro. Jovani le puso agua al ajenjo, y cuidó de señalar la copa. Calóse su gorra almidonada y su mandil dió un repique de campana, y adelantó con la charola.

V.

El general Zaragoza recibía en aquel momento la bienvenida de los jefes, y los invitaba á su mesa.

La oficialidad había formado grupos en el salón, hablando, como era natural, de la campaña, y refiriendo mil episodios de las batallas.

Todas las conversaciones se dirigían á elogiar á Zaragoza, augurando próximas victorias.

El General hablaba de organización y del contingente de los Estados que ya estaba en marcha para el campamento, preguntaba por la moral de las tropas, y se informaba sobre si estaban bien atendidas.

La juventud más valiente se encontraba en la tertulia, y en todas las fisonomías se revelaba el valor y la esperanza.

Zaragoza estaba de buen humor al encontrarse entre sus queridos soldados, y cada vez se robustecía más su fé en el porvenir.

Cuando algún imprudente hacía alguna alusión á la derrota del Borrego, Zaragoza prodigaba mil elogios á González Ortega, hablando de su valor y citando algún episodio de la revolución progresista.

Oyóse el repique dado por Jovani.

—Ya llaman á misa, dijo el capitán Martínez.

Zaragoza se sonrió y dijo á los que le rodeaban:

—Este Martínez es un hombre célebre.

Presentóse Jovani con la charola de las copas, que fué distribuyendo entre los oficiales hasta llegar á Zaragoza.

No se atrevió Jovani á tomar en sus manos la copa, por temor de que la convulsión lo denunciase.

El general apuró el ajenjo con el tósigo mortal, haciendo una inclinación de cabeza á sus amigos.

Cuando Zaragoza puso la copa en la charola, ésta se desprendió de las manos del italiano y cayó haciendo pedazos el cristal.

—Vamos dijo Martínez, este Jovani ha tomado antes que nosotros.

Siguió la cena, en la que reinó una grande hilaridad, comenzando por los chistes y cuentos que contaba Martínez á media voz y que hacían reír al general.

Había pasado una hora, cuando el general dejó á los oficiales entregados á su exaltación y alegría.

Entróse en su despacho con el secretario, despachó toda la noche, y al amanecer salió para Acultzingo.

VI.

Al día siguiente y al caer la tarde, bajaba por el camino de las Cumbres un jinete á todo escape.

Detúvose un momento en Acultzingo, y siguió su camino hasta Orizaba entre una tempestad terrible.

En el camino encontró un destacamento francés que le dió el alto.

—¡Hola, Wask! ya tenía cuidado por vos.

—Aquí estoy, señor Conde, después de haber cumplido mi palabra.

—¡Cómo! ¿es posible?

—Sí, dijo el aventurero apretando convulsivamente el brazo á Don Fernando; yo le he visto apurar el veneno hasta las heces, Zaragoza está herido de muerte; dentro de breves días, esa frente ornada con el laurel de Mayo, se inclinará como un sol en la tumba del ocaso.

—¡La fatalidad! ¡la fatalidad! murmuró Don Fernando; lo que no ha podido hacer el bronce en su tormenta, lo ha hecho la miserable oruga en el silencio de la noche ¡El dedo de Dios!

—¡La señal del destino! gritó el aventurero, y sin despedirse de su cómplice, se alejó como el demonio del crimen entre las sombras de la tempestad.